

Autodidactas

ante, bajo, cabe, con, contra, de, desde, en bibliotecas

De la lectura de *Mis universidades* de Gorki, de los recientes estudios sociológicos sobre el furor de leer de los autodidactas, de las autobiografías obreras que han ido publicándose, aquí y allá, a lo largo del siglo XX, se pueden destacar algunas características del autodidacta:

- el autodidacta es una persona en ruptura con su mundo habitual
- en la mayor parte de las trayectorias autodidactas existen “encuentros” decisivos. Muchos se dan en la experiencia militante
- el autodidacta es alguien al margen del sistema escolar. Trata el tema de la escolarización con ironía pero muchas veces con un respeto exagerado: “Habría sido capaz de dejarme torturar por tener la oportunidad de estudiar en una universidad”, escribirá Gorki. Y un hombre de 38 años, que sólo estudió de niño hasta tercero, fue aprendiz y luego documentalista; entrevistado por Claude F. Poliak, decía: “Al principio, a los estudiantes, los

había completamente magnificado, me esperaba ver gente mucho más inteligente que yo, muy superiores. Y después me he decepcionado, me he dado cuenta que gente como nosotros [autodidactas] estaba mucho más puesta sobre algunos temas. (...) Me he decepcionado con los estudiantes, pero puede ser también que yo los había colocado



muy alto. (...) Soy un apasionado de Tolstoi, y me caigo de culo cuando un tipo que está en un máster de sociología no ha leído nunca a Tolstoi, eso me parece increíble”.

- una determinación rayana en la obsesión (necesaria para superar la pobreza, esto es, la falta de tiempo y de privacidad) y capacidad de sacrificio (modificar el estilo de vida y relación con los cercanos, ahorrar para comprar libros...)
- una voracidad ilimitada o frenesí “bulímico” y dispersión caracteriza el acceso a la lectura autodidacta. Posteriormente, una tendencia a la disciplinación de las lecturas y a admitir lo errático de su proceder anterior,
- una lectura concentrada y guiada por un propósito bien definido: una lectura intensiva basada, en muchas ocasiones, en la repetición, en la copia de textos, recitación y declamación, ayudas para la memorización. Este es el testimonio de Thomas Cooper, un zapatero británico del siglo XIX, que leía de cuatro a siete de la mañana, en las comidas, y a partir de las siete de la tarde hasta quedarse dormido y que nunca, nunca, dejaba de recitar algún texto mientras trabajaba en el taller de su patrón: “Pensaba que, cumplidos los 24, dominaría los rudimentos del latín, el griego, el hebreo y el francés; también comprendería los teoremas de Euclides y los principios del álgebra; habría memorizado todo *El paraíso perdido* y siete de las mejores obras de Shakespeare; y habría leído un buen número

PUBLICIDAD

de sólidas obras de historia y de libros religiosos, y también estaría al tanto de las novedades literarias del momento. Fracase estrepitosamente, pero seguí esforzándome con alegría”.

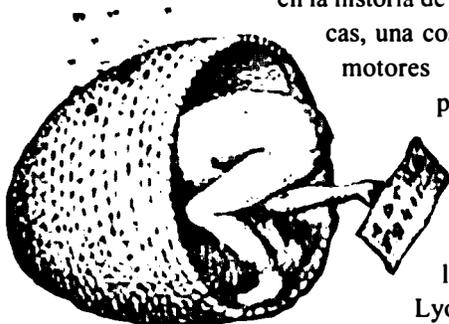
Bibliotecas públicas con autodidactas

En numerosas ocasiones se ha documentado el origen de las bibliotecas públicas como instrumento de control social destinado a incorporar a una élite trabajadora al sistema de valores de las clases dirigentes.

Por un lado, los promotores de estas bibliotecas creían que suministrando una literatura adecuadamente seleccionada y fomentando el hábito de la lectura, podrían disminuirse las tensiones sociales. Se esperaba, como tantas veces se ha escrito, que los lectores obreros se apartaran del alcohol y de la literatura de tipo socialista, supersticiosa u obscena. Una literatura enfocada hacia la promoción del “recreo racional” podría lograr acercar a los miembros más inteligentes de la clase trabajadora a los valores burgueses consensuados.

Además, la promoción de bibliotecas públicas por su valor educativo, tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos, no se hizo a raíz de una demanda popular, sino como resultado de unos pocos filántropos que creían en las virtudes de “ayudarse a sí mismo” y en el valor de tener acceso a unos fondos bibliográficos, eso sí, cuidadosamente seleccionados. Precisamente ese cuidado, ese conservadurismo de las colecciones, junto con la preocupación casi exclusiva de los bibliotecarios en las actividades rutinarias de conservación de los fondos, hicieron que la influencia de estas iniciativas sobre la educación de adultos se viera bastante restringida.

Pero como siempre ha sucedido y sucede en la historia de las bibliotecas públicas, una cosa es lo que los promotores de las bibliotecas públicas piensan que debe ser su uso y otra, bastante distinta, el uso real que de ellas hacen los usuarios. Así, Lyons nos señala cómo “el lector popular, a quien a



menudo se citaba paternalmente como *le grand enfant*, tenía sus propias opiniones” y, añadimos, sus propias estrategias. Un litógrafo establece una *bibliothèque populaire* en París intentando esquivar la vigilancia municipal. En 1869 un trabajador de 28 años crea una *bibliothèque démocratique*. En 1866 se fundan en St. Étienne dos bibliotecas populares que los clérigos y notables trataron de someter a su control. Los trabajadores seleccionaron a Voltaire y Rousseau y a Georges Sand y Eugène Sue (a los que se acusaba de atacar el matrimonio y justificar el suicidio y el adulterio). Grupos de lectores obreros luchaban por crear su propia cultura literaria, lejos de todo control burgués, burocrático o católico, rechazando una cultura que sólo les alimentaba con historia sagrada y mitología antigua.

De eso años también tenemos una descripción del anarquista Anselmo Lorenzo sobre un lugar en Madrid, calle de Tudescos, “donde se cobijaban y hacían campo de sus propagandas carbonarios, masones, republicanos barricaderos, republicanos teóricos, filósofos anticlericales (...)”:

“El Fomento de las Artes era el punto de reunión de los elementos liberales ilustrados de Madrid. Todo liberal de la categoría de burgués de poco pelo o trabajador, capaz de sustraerse a la sugestiva y predominante influencia de la taberna, era socio del Fomento; por eso el número de socios era relativamente escaso: no pasaría tal vez de seiscientos durante los primeros años (...) lo que no es gran cosa para una población de más de 400.000 habitantes en que no existía ninguna otra sociedad popular.

En la época a que me refiero [1864-1868], aquella sociedad, a diferencia de otras muchas sociedades y casinos modernos, carecía de café, y su único aliciente para las veladas ordinarias consistía en la sala de lectura, donde había biblioteca, diarios políticos e ilustraciones; y en las salas de recreo, con tres mesas de billar y mesas de tresillo y ajedrez (...)”. En 1862 se había fundado el Ateneo Catalán de la Clase Obrera, también con el propósito de elevación cultural de los trabajadores.

Los deseos de organizaciones y bibliotecarios de encaminar al lector popular hacia la lectura instructiva discrepaba de los intereses reales de estos lectores. Cuando finalizaba el siglo XIX, los socialdemócratas ale-

manes quisieron fomentar la educación del proletariado mediante bibliotecas especializadas en ciencias sociales. Aceptaban que los lectores comenzasen a utilizar las bibliotecas populares buscando obras de ficción, pero se esperaba que más adelante “avanzasen” hacia los clásicos del socialismo y eventualmente leyeran *El capital*. Pero de los cerca de 1,1 millones de préstamos realizados en bibliotecas obreras alemanas que se registraron entre 1908 y 1914, el 63% entraban en la categoría de obras literarias y otro 10% pertenecía al sector juvenil (cuentos de hadas, relatos infantiles y literatura humorística). En los años 80 y 90 del siglo XIX, más de la mitad de los libros solicitados en las bibliotecas municipales parisinas eran novelas y el 13,5% poesía, teatro e historia de la literatura. Esta tendencia seguirá presente en los préstamos de las bibliotecas populares asturianas en el período de la Segunda República o, en el mismo período, de las bibliotecas populares de la Generalitat de Catalunya.

Sin embargo, en el curso del siglo XIX cierto estrato de la clase trabajadora se implicó en la tarea de emanciparse de la ignorancia y la dependencia, en unas condiciones en las que imperaban larguísimas jornadas de trabajo. Dos fueron los caminos: su organización como obreros y el duro y disciplinado autoaprendizaje. Señala Lyons cómo a mediados del siglo XIX surge en Gran Bretaña una “cierta *intelligentsia* obrera autodidacta que reconoce la importancia de la palabra escrita. Sobre este grupo cayó el pesado fardo de elaborar y difundir la ideología política de la clase obrera”. Algo equiparable con lo que narraba Enzensberger: “A fines de siglo había por todas partes en el sur de España ‘apóstoles de la idea’, que recorrían el país a pie, a lomo de burro y en carromatos, sin un centavo en el bolsillo. Los trabajadores los alojaban y les daban de comer. (...) Así se inició un masivo proceso de aprendizaje. Por todas partes se veían braceros y campesinos que leían, y entre los analfabetos había muchos que aprendían de memoria artículos enteros de los periódicos y folletos del movimiento. En cada pueblo había al menos un ‘ilustrado’, un ‘obrero consciente’, el cual se distinguía porque no fumaba, no jugaba, no bebía, profesaba el ateísmo, no estaba casado con su mujer (a la que era fiel), no bautizaba a sus

hijos, leía mucho y trataba de transmitir sus conocimientos”.

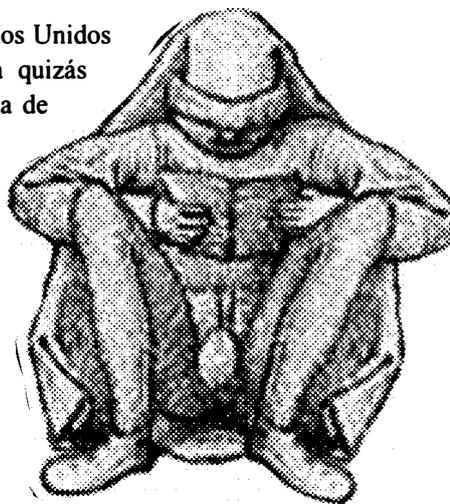
En esa ética de la automejora, la lectura era esencial. Así se muestra en las autobiografías y biografías de la clase trabajadora donde casi siempre se hace mención a sus lecturas, muchas con detalladas listas con el programa de lectura.

Bibliotecarios hacia autodidactas

A inicios del siglo XX las bibliotecas públicas, en especial las anglosajonas, fueron interesándose cada vez más en la educación de adultos. La Biblioteca Central Circulante para Estudiantes fue fundada en 1916 por la Biblioteca Central de la Asociación para la Educación de los Trabajadores, con la colaboración de la Fundación Carnegie del Reino Unido.

Va a ser en los Estados Unidos donde este impulso sea quizás mayor. Ante la evidencia de que mucha gente, por gusto o necesidad, estudiaba sola, las bibliotecas públicas de Chicago y Detroit instituyeron, ya en 1920, servicios consultivos para ayudarles y guiarles. Un consejero de lectores dedicaba todo su tiempo al público: preparaba cursos de lectura para individuos o grupos; ayudaba a agrupaciones y sociedades a preparar sus programas culturales; nombraba coordinadores para las discusiones en grupos; daba conferencias sencillas presentando libros y pautas para apreciarlos y comprenderlos; y recopilaba, para su propio análisis, datos acerca de las relaciones entre el público y los libros por él recomendados.

Por esos años, en 1924, la comisión de bibliotecas y educación para adultos de la Asociación Americana de Bibliotecas (ALA) dio mayor relieve a la función del consejero del lector, con la misión de planificar programas individualizados de lectura. Ese mismo año, el estadounidense William S. Learned, de la Fundación Carnegie, publicaría un libro (*The American Public Library and the Diffusion of Knowledge*)



que tendría gran repercusión en este ámbito. Esta obra, según el investigador Jesse Shera, habría representado “una transición de la biblioteca centrada sobre el individuo a una centrada sobre la comunidad”.

También en 1928 se creó en la biblioteca pública de Nueva York la “Oficina del asesor del lector”, que funcionó durante unos 20 años. Los adultos que desarrollaban actividades particulares de aprendizaje eran remitidos al asesor del lector, quien se entrevistaba con ellos, determinaba sus necesidades específicas y creaba para ellos un plan de lectura a su medida.

En los primeros años de los 30, en los momentos de la Gran Depresión estadounidense, muchos desempleados se habían vuelto hacia la biblioteca pública con la esperanza de adquirir nuevas capacidades u otros modos de mejorar sus aptitudes educativas y, en consecuencia, sus posibilidades de lograr empleo. La obra que mejor refleja ese momento es la publicada por la Asociación Americana para la Educación de Adultos, de Alvin Johnson: *The Public Library. A People's University*. Tras demoler la figura del bibliotecario únicamente preocupado por la custodia y conservación de los materiales (“aun la mejor biblioteca con la mejor colección de libros no puede tener un éxito verdadero como institución de adultos si confina sus actividades a la pura biblioteconomía”) apostaba firmemente por la biblioteca pública como institución que debe de llevar un programa nacional de educación comunitaria, más allá de los años de instrucción formal. Su libro tuvo un eco considerable entre los bibliotecarios públicos estadounidenses de fines de los años 30. Del interés de las bibliotecas por fortalecer sus servicios dirigidos a la autoeducación escribiría Shera: “La misma vitalidad del movimiento por la autoeducación es evidencia convincente de la importancia del rol que desempeña en la sociedad, y la reacción de los bibliotecarios a esta persistente demanda por un

horizonte intelectual en expansión demostró que la biblioteconomía había empezado al menos a recorrer el camino de la madurez y de la responsabilidad social”. Un elemento común debía de flotar en el aire esos años pues no sólo las bibliote-



cas públicas estadounidenses se implicaron en su apertura a diversos grupos sociales sino que también hay que recordar la acción de las bibliotecas públicas de la República española, corta por las circunstancias pero clara, y de las de otros países.

Otro periodo importante para las bibliotecas públicas y la autoeducación de los adultos es a partir de 1971, cuando se publicó un estudio del investigador canadiense Allen Tough (*The adult's learning projects*) que resultó fundamental para numerosos proyectos bibliotecarios dirigidos a autodidactas. El equipo de Tough entrevistó a 66 adultos con la finalidad de examinar “los esfuerzos de aprendizaje considerablemente deliberados” de los adultos. Se puso un especial énfasis en los aspectos del proyecto de aprendizaje relativos a la “planificación y decisión”. Tough consideraba que un proyecto de aprendizaje era la totalidad de episodios que emprendía una persona para obtener (y conservar) un conocimiento o habilidad específica, e indicaba concretamente que el proyecto de aprendizaje debe incluir un mínimo de siete horas en un periodo de seis meses. En realidad, se descubrió que la mayoría de los entrevistados superaban este mínimo en sus proyectos y, lo que es más importante, que el adulto “típico” había participado en unos ocho proyectos de aprendizaje diferentes durante el año anterior a la entrevista.

Basándose en la investigación de Tough se lanzó, entre 1972 y 1976, en Estados Unidos, el Proyecto de Aprendizaje Independiente de Adultos, que funcionó en nueve sistemas de bibliotecas. Se ofreció una formación especial a los bibliotecarios que, con el nuevo nombre de asesores del estudiante, trabajaron como tutores de aprendizaje para los usuarios de la biblioteca. Los asesores colaboraban con los adultos interesados durante semanas e incluso meses, ayudándoles a desplegar programas de aprendizaje individualizado. El servicio estaba pensado para los adultos autodirigidos que deseaban estudiar de forma independiente, fuera del sistema de educación tradicional.

Últimos años

En la Conferencia General de IFLA en Barcelona, 1993, uno de los responsables de

PUBLICIDAD



bibliotecas del condado galés de Clwyd, W. Gwyn Williams, señalaba: “la implicación en la educación de adultos, particularmente en la educación de adultos independientes, es y será uno de los más importantes retos a los que deberán responder los servicios de bibliotecas públicas a partir de la próxima década”.

A fines de los años setenta, en Clwyd, zona en declive industrial, se estableció un Comité Conjunto de Educación de Adultos y Permanente, con la participación de las bibliotecas de la región. Realizaron un estudio para identificar las necesidades de aprendizaje de los estudiantes adultos y la oferta bibliotecaria necesaria para servir a estas necesidades, e investigaron métodos perfeccionados de confluencia entre la biblioteca y las necesidades de aprendizaje de los adultos asistentes a cursos académicos, vocacionales y recreativos. Por último, investigaron también la disponibilidad de información sobre la oferta de educación de adultos en la zona.

En las conclusiones se señaló una gran desconocimiento de estudiantes y profesores sobre la gama de servicios y apoyos disponibles en las bibliotecas, y la falta de coordinación entre las distintas instancias en la programación de cursos y clases y de publicidad sobre estos cursos.

Entre las diversas iniciativas emprendidas destacó la instauración de una “Quinceña de la Educación de Adultos” anual en la que se instalaron puestos de información sobre Educación de Adultos en las bibliotecas del condado y puestos de información sobre las bibliotecas en los centros de educación de adultos durante el período de inscripción. Los bibliotecarios recibieron una formación previa sobre nuevas tendencias de trabajo en este campo.

Pero, al desarrollar esta estrategia que inicialmente se dirigía principalmente a usuarios asistentes a cursos diurnos o nocturnos, las bibliotecas de Clwyd fueron cerciorándose de la gran cantidad de estudiantes adultos independientes, reales y potenciales. En 1988, una subvención del gobierno británico (en concreto, del Departamento de Empleo) les permitió llevar a cabo un

“Proyecto de Enseñanza a Distancia y Bibliotecas Públicas”, durante más de 24 meses. El objetivo era establecer un servicio experimental para proporcionar acceso público y gratuito a materiales para la enseñanza a distancia utilizando un servicio bibliotecario. Los resultados debieron ser interesantes para el Departamento de Empleo que financió otros diez proyectos pilotos en otros tantos servicios de bibliotecas públicas de Escocia e Inglaterra. Cada biblioteca recibió un presupuesto de 20.000 libras con el objetivo de “mejorar el acceso, el conocimiento y el uso de los programas de enseñanza a distancia por el público”. Los diez proyectos piloto fueron inspeccionados por la Library Association en representación del Departamento de Empleo y los resultados publicados en 1990 (*Open learning in public libraries*). Un informe gubernamental (*People, jobs and opportunity*, 1992) reconocía el valor de los servicios bibliotecarios en los diez proyectos piloto y abría la puerta para el desarrollo de nuevos programas (en 1993 ya eran 35 las bibliotecas públicas que participaban en estos nuevos programas).

Este interés de las bibliotecas públicas por la educación de adultos, en general, y por la educación a distancia y los autodidactas, en concreto, se refleja en las numerosas investigaciones y pautas de trabajo publicadas en Gran Bretaña en estos quince últimos años. En 1987 Vernon Smith publicó un informe (*Public Libraries and adult independent learners*) con los resultados de una investigación financiada por el Departamento de la Biblioteca Británica para la Investigación y el Desarrollo. El informe recomendaba una mayor colaboración entre las bibliotecas públicas y otras instituciones a nivel local y la necesidad de que los bibliotecarios le presten atención especial a los servicios de información educativa, a los sistemas de acceso a la información más fáciles de usar por los lectores, a la publicidad y a las relaciones públicas, a la preparación del personal y a la necesidad de realizar más investigación en este campo.

Por investigación no quedó. Al año siguiente ya se publicaron unas pautas para el trabajo de los servicios bibliotecarios con los autodidactas (*Library services for adult continuing education and independent learning*, 1988) y, sólo cuatro años después,

unas nuevas directrices elaboradas por Anthony L. Bamber (*Look up-and learn: Library Association adult independent learning guidelines for libraries and learning resource centres*, 1992).

Estas directrices se dirigían no sólo a los bibliotecarios públicos sino a los bibliotecarios en general, pues la experiencia había mostrado las ventajas del trabajo en colaboración de los bibliotecarios de diferentes tipos de bibliotecas dentro de un área geográfica ayudándose entre sí para atender a un determinado grupo de usuarios. Otra premisa del estudio, escribe Bamber, "fue la de hacer hincapié en las posibilidades del servicio de enseñanza de adultos en cuanto al uso, desarrollo y ampliación de las técnicas básicas de los bibliotecarios. Este principio es especialmente importante: busca alentar, así como retar a los bibliotecarios, a utilizar un método de trabajo positivo y en ocasiones direccional que con frecuencia es algo distinto a sus instintos naturales, aunque se adapte perfectamente a su capacitación. Cuando este reto es aceptado, la experiencia demuestra que los bibliotecarios dedicados al servicio a los estudiantes adultos independientes encuentran este trabajo muy satisfactorio, al trabajar junto al estudiante, actuando como un tutor en sus programas de estudio y ofreciendo a menudo orientación educativa, además de las usuales funciones de dar información y facilitar el acceso a los materiales".

Los principales ámbitos de las pautas eran referidos a:

- **lectores** (¿quién es el autodidacta y cuáles sus características?, ¿pueden establecerse categorías: trabajadores autónomos, mujeres que intentan volver a trabajar a jornada completa con nueva formación, personas mayores o jubiladas que no tuvieron una enseñanza reglada...? Una regla básica, y difícil de observar en el caso de los servicios bibliotecarios hacia autodidactas, es que para que la biblioteca pueda proporcionar materiales y programas aplicables a las necesidades de los adultos, estas necesidades deben ser identificadas)
- **la información y la orientación educativa** (actividades íntimamente relacionadas en la prestación de servicios adecuados a los estudiantes adultos independientes)
- **el acceso y las instalaciones** (tres niveles

de servicio: bibliotecas como puntos de contacto del servicio, bibliotecas como centros activos de distribución de materiales, bibliotecas que funcionan como centros de estudio con amplios servicios)

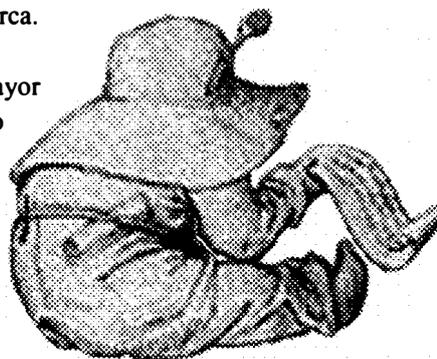
- **los materiales** (los bibliotecarios británicos se ven favorecidos por la publicación anual *Open Learning Directory* que reseña la mayor parte del material disponible, pero necesitan definir criterios específicos de selección)
- **el personal y su formación** (con los ámbitos que ha de cubrir esta formación y las características del personal que cubra este servicio)
- **marketing, asesoramiento y evaluación.**

A partir de enero de 1994, financiados por la Comunidad Europea, se han desarrollado dos proyectos que surgen de la creciente demanda de los usuarios de las bibliotecas públicas de la Comunidad en términos de información, orientación y apoyo de materiales bibliotecarios para los estudiantes adultos independientes.

PLAIL (*Public Libraries and Adult Independent Learners*), desarrollado en 1994 y 1995, contó con la participación de la Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular del ayuntamiento de Gijón (y del antes citado servicio bibliotecario de Clwyd).

El proyecto LISTED (*Libraries Integrated System for Telematics-based Education*) se desarrolló posteriormente y contó con la participación de la fundación gijonesa y de la Universitat Oberta de Catalunya, además de otras instituciones de Portugal, Irlanda, Gran Bretaña y Dinamarca.

No es casual que la mayor parte de los testimonios o referencias que han ido apareciendo en este artículo sean anglosajones. Las bibliotecas públicas anglosajonas tienen un sentido comunitario, son un servicio comunitario. Las francesas, en cambio, se ven a sí mismas como un servicio cultural. Las primeras han desarrollado más los servicios de información a la comunidad, mientras que las segundas le otorgan menos importancia a este ámbito que ya está cubierto por nume-



rosas dependencias administrativas dirigidas al público. En una biblioteca pública estadounidense el best-séller tiene su territorio, que en muchísimas ocasiones está nada más franquear la puerta de la biblioteca. La francesa, al contrario, por más que se sienta presionada, rara vez comprará más de un par de ejemplares, en el mejor caso, de un título que como característica principal tenga la de ser muy vendido. Una sección de videoteca francesa ofrecerá una, casi siempre, buena selección de documentales y películas ya clásicas de la historia del cine. Una estadounidense no dejará de ofrecer las películas comerciales, de actualidad. A su vez, el concepto de *self made man* comparte amplio territorio con el de *public library*. Las bibliotecas públicas anglosajonas están más rápidamente dispuestas a implicarse en programas de formación educativa para la comunidad, sea en el ámbito del *open learning*, sea en el de la alfabetización en inglés del público que no conoce esta lengua, sea en dirección del aprendizaje autodidacta.

Las bibliotecas públicas no son, afortunadamente, idénticas. Factores culturales, históricos, legislativos, políticos van configurando su forma de ser. La biblioteca pública en España no se ha caracterizado por su actividad en relación con la educación de adultos y, en concreto, de los estudiantes adultos independientes, los autodidactas. Pero también es seguro que muchas personas se beneficiarían de programas bibliotecarios dirigidos a este ámbito. Desgraciadamente, sólo con la implicación de las administraciones bibliotecarias y educativas se pueden llevar a cabo estos programas, pues requieren inversión, formación y personal. Y las administraciones bibliotecarias españolas no es que se caractericen precisamente ni por la inversión, ni por las propuestas de formación, ni por la contratación de personal bibliotecario, ni por el arrojío para abrir nuevos ámbitos de trabajo de carácter educativo (que no escolar) en las bibliotecas públicas. Pero esto es algo que excede a las propias administraciones bibliotecarias y que deriva, en gran parte, de la tan extendida asimilación existente en la sociedad española entre educación y escolarización. Educación es escolarización y todas las otras formas educativas se ubican en *terra incognita*.

Michèle Petit, al describir los resultados de una investigación sobre las relaciones

entre la biblioteca pública y los jóvenes (15-30 años) de medios socialmente desfavorecidos, señala que entre estos jóvenes que utilizan la biblioteca "las búsquedas autodidácticas son frecuentes. Puede ser el caso de aquellos que interrumpieron su trayectoria escolar, pero también de todos aquellos que se documentan con fines prácticos, para la vida diaria o profesional. Para algunos son utilitarias, mientras que para otros el saber se concibe como un medio de no sentirse "idiota", de no quedarse al margen de su tiempo, de tener temas de conversación. Y eso puede ser también un cauce para ligarse al mundo, para encontrar un lugar en él por medio del estudio de la astronomía, la historia, las ciencias de la vida".

Ramón Salaberria

Bibliografía

- ALLRED, J.: "Bibliotecas y educación de adultos". En: *Enciclopedia Internacional de la Educación*. Madrid: Vicens-Vives; Ministerio de Educación y Ciencia, 1988, pp. 621-625.
- BAMBER, A.L.: *Mejorando la enseñanza* (Comunicación presentada en la 59 Conferencia General de IFLA, Barcelona 22-28 agosto 1993).
- BROCKETT, R.G.; HIEMSTRA, R.: *El aprendizaje autodirigido en la educación de adultos: perspectivas teóricas, prácticas y de investigación*. Barcelona: Paidós, 1993.
- CARNOVSKY, M.S.: *Introducción a la práctica bibliotecaria en los Estados Unidos*. Chicago: American Library Association, 1941.
- COCHRANE, C.: "Bibliotecas públicas y educación de adultos en el Reino Unido". En: *Boletín de la Asociación Andaluza de Bibliotecarios*, diciembre 1988, pp. 7-14.
- LORENZO, A.: *El proletariado militante*. Madrid: Alianza Universidad, 1974.
- LYONS, M.: "Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros". En: CAVALLLO, G.; CHARTIER, R. (dir.): *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus, 1998, pp. 473-517.
- MATO DIAZ, A.: "Bibliotecas populares y lecturas obreras en Asturias (1869-1936)". En: ESCOLANO, A. (dir.): *Leer y escribir en España: doscientos años de alfabetización*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1992, pp. 335-362.
- PETIT, M.: *De la Bibliothèque au Droit de Cité: une recherche sur les jeunes usagers dans les "quartiers sensibles" des villes françaises* (Comunicación presentada en la 64 Conferencia General de IFLA, 16 agosto-21 agosto 1998).
- POLIAK, C.F.: "La fureur de lire" des autodidactes". En: CHAUDRON, M., DE SINGLY, F.: *Identité, lecture, écriture*. Paris: Bibliothèque Publique d'Information, 1993, pp. 59-75.
- SHERA, J.H.: *Los fundamentos de la educación bibliotecológica*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.
- WEINGAND, D.E.: *La biblioteca pública y el estudiante adulto* (Comunicación presentada en la 59 Conferencia General de IFLA, Barcelona 22-28 agosto 1993).
- WILLIAMS, W.G.: *El apoyo a los estudiantes adultos independientes a través de las bibliotecas públicas* (Comunicación presentada en la 59 Conferencia General de IFLA, Barcelona 22-28 agosto 1993).